

plaza pública para la edición del 16 de febrero de 1995

¿Sin rumbo?

miguel ángel granados chapa

El gobierno amaneció ayer, como dicen los rancheros, picoteado por los gallos y aborrecido por las gallinas. Es decir, su política en el conflicto chiapaneco ha dejado insatisfechos a casi todos. Los pacifistas no le abonan el crédito que en otras circunstancias anotarían en su haber, por el anuncio de la amnistía, las instrucciones al Ejército y la policía de detener sus acciones, y el despido del gobernador Robledo. Los guerreristas vieron irritados la breve duración de la línea dura, y se han llenado de viscosos reproches contra lo que juzgan debilidad del Presidente Zedillo, o contra el curso errático de sus decisiones.

Para medirlas en sus méritos, conviene examinar tanto la personalidad de quien asume las decisiones como el entorno en que se han producido. Como secretario de Educación, Zedillo dio muestra de una flexibilidad que no es abandono, sino reconocimiento de la fuerza de los factores en presencia. El caso de los libros de texto lo muestra con claridad. Admitió, sin tener que decirlo expresamente, que el procedimiento y buena parte de los resultados de esa operación incurrieron en errores. En vez de empeñarse en la defensa de sus posiciones originales, por sí o a través de personal de su confianza, corrigió el rumbo cuando percibió la calidad y la extensión de las reacciones adversas.

Así ha hecho en más de una oportunidad ya en el desempeño presidencial. En vez de impugnarlo porque cambia de opinión, debieramos experimentar alivio cuando lo hace, pues las terquedades, que en todos los casos suelen ser fuente de desaciertos, cuando se practican en Los Pinos pueden ser causa de desgracias. Claro que los ires y venires contradictorios generan perplejidad en las conciencias acostumbradas a orientar su vida exclusivamente por el criterio presidencial. Y si son frecuentes, profundos y surgen sólo de la veleidad, pueden enseñar una incapacidad ejecutiva inaceptable. Pero debemos felicitarnos de la flexibilidad presidencial cuando la mudanza se funda en la escucha de razones no consideradas, o cuando resulta de un cambio en el entorno.

En el caso presente, la necesidad política del Presidente de asentarse en una posición firme, así como las exigencias derivadas del financiamiento internacional y del sector duro del gobierno, su partido y la sociedad, lo condujeron a un viraje que contradijo sus posiciones expresadas en torno de la paz en Chiapas. Lo peor que puede ocurrir a una medida de fuerza, sin embargo, es que no genere los efectos anunciados, que resulte ineficaz. Quizá se le ofreció al Presidente una solución veloz, o la pronta captura de los jefes zapatistas. En cambio, de la lista leída por el propio Jefe del Estado, en mala hora convertido en agente del ministerio público, sólo fueron detenidas dos personas, y su rápida aprehensión se debió quizá a que no tienen nada que ver con el episodio delictuoso que se trató de montar. Por contraste, si bien la ofensiva lanzada el 9 de febrero recibió apoyos indudables, la reacción adversa fue mayor, más enfática y muy amplia. No sólo incorporó a quienes comparten las líneas política y táctica del zapatismo, sino también a sectores más amplios de la sociedad a los que repugna el despliegue represivo, y la ruptura de una interlocución que si bien progresaba lentamente (tanto que parecía paralizada), alejaba el fantasma de la guerra.

En el ánimo de imaginar a un Presidente que no cambia de opinión según sopla el viento, ni cede a las presiones más intensas en cada ocasión, podemos conjeturar que el Presidente no había en realidad perdido el rumbo hacia la paz, al que ha vuelto menos de una semana después, sino que escogió un camino en extremo riesgoso para imponer su propios ritmos al contacto con los zapatistas. Esa táctica consistió en romper el estado de "no guerra", distinto de la paz tanto como del enfrentamiento bélico propiamente dicho, con medidas extremas que arrinconaran al EZLN y lo forzaran a sentarse a dialogar. De haber sido así, el cálculo puede fallar por al menos tres motivos: una imperita instrumentación de las medidas, la generación de consecuencias no previstas, y una respuesta inesperada del antagonista.

Si se considera sólo su puesta en práctica, la ofensiva adoleció de muchísimos defectos, que le restaron consistencia, jurídica y política. La lista es enorme, por lo que basta señalar uno: Encerrar en Almoloya, junto con delincuentes de alta peligrosidad, a un activista de proyectos indígenas y a un productor de televisión, por ejemplo, fue tan poco inteligente que pronto se enmendó la aberración. Ha sido menos sencillo sofocar los brotes de intolerancia, la manía persecutoria a la antigua usanza que está sólo adormecida en círculos

del gobierno y de la sociedad, y que generó un ambiente macartista que nos hizo retornar varias décadas.

Queda por saber, en fin, cómo reaccionarán los zapatistas ante medidas correctivas como la amnistía. Puede adivinarse que la desconfianza, ese obstáculo irremovible en la relación entre las partes en el conflicto chiapaneco, ha crecido en vez de atenuarse. Se requiere gran imaginación para ver al subcomandante Marcos salir de la selva, rendido al Ejército que expulsó a sus fuerzas y sometido al gobierno que lo mandó aprehender, aunque dicho gobierno se arrepintiera después o desmontara su propia maniobra.

De modo que, fruto de la debilidad, o de un cálculo desafortunado, las contradicciones que irritan a muchos no nos han aproximado a la paz, sino lo contrario.